

-DOSSIER DE PRENSA-



GORDO

JESÚS RUIZ MANTILLA

**Novela ganadora del Premio Sent Soví de Literatura
Gastronómica 2005**

Precio: 14 euros / Páginas: 208

Gordo

A **Ramón Pérez Carrasco** desde siempre le han llamado Monchón. Lo lógico hubiera sido, quizá, llamarle por su diminutivo, pero sus 130 kilos de peso le aumentaron el mote desde el colegio hasta hoy. Monchón es gordo y rebelde, trabaja como crítico gastronómico y a veces querría desaparecer, pero no puede. Observa la vida desde el prisma deforme que le da su aspecto físico, con los resquicios de los traumas de la infancia y los complejos que le asaltan en esa edad crítica en la que crees que sigues siendo joven, pero ya no, hasta el punto de sentirse el protagonista de una comedia y una fábula contemporánea, en la que mezcla la obsesión con el placer de una forma muy propia y permanentemente confusa.

El autor

Jesús Ruiz Mantilla --Santander, 1965-- publicó su primera novela, *Los ojos no ven*, una trama negra con el mundo de Dalí como fondo, en 1997. Su camino en la ficción continuó con *Preludio* (Ocho y Medio), la historia de un pianista, León de Vega, obsesionado con los veinticuatro preludios de Chopin. *Gordo* es su tercera novela, una comedia satírica contemporánea en la que las apariencias jamás superan a la realidad, aunque estén muy cerca de lograrlo a veces. **Con *Gordo* Jesús Ruiz Mantilla recibió el Premio Sent Sovi 2005 de literatura gastronómica.** Es redactor del diario *El País*, donde publica asiduamente en la sección de Cultura y El País Semanal (EPS), para el que escribió un reportaje en el que se le sometía a una cura de adelgazamiento en un balneario, que fue portada de dicho suplemento. Ha colaborado en programas de radio como *La ventana*, de la Cadena Ser, y es autor, junto con Felipe Mellizo, del guión del documental *Dalí, maestro de sueños*.

Gordo y a mucha honra, por Jesús Ruiz Mantilla

Cuando has oído mil veces eso de “el niño no está gordo, es fuerte”. Cuando tus amigos del colegio no confían en ti para ser delantero centro y te echan al banquillo. El día en que montas en un avión y el cinturón de seguridad no te abrocha; el día en que tienes que pasar por la humillación de decirle a la azafata sonriente: “Perdone, pero no me ata”. Si una buena mañana tienes la ocurrencia de entrar en una de esas tiendas de moda masculina estupenda y *cool* a probarte, triste de ti, un traje y el dependiente o la dependienta te mira de arriba a abajo y se compadece con superioridad de tu aspecto para acabar diciéndote: “Lo siento, pero no tenemos su talla”.

La noche en que la chica de tus sueños se ha largado con un gilipollas que luce percha pero sabes positivamente que es idiota, engreído y la hará sufrir. Aquella funesta tarde en que, de risas, con los amigos, te has sentado en una terraza plagada de gente y, ay, en un mal movimiento se ha partido una pata de la silla de plástico, en la que no acababas de encajar ni sentirte cómodo. Cuando empiezas el enésimo régimen con la moral de un gregario y al mes estás suspirando por una pizza...

En esos momentos, puedes hacer dos cosas: amargarte o intentar aceptarte a ti mismo. Si eliges lo primero, probablemente, acabes mal. Si te decides por lo segundo, puedes empezar riéndote de ti mismo y de todo el absurdo de las apariencias que te rodean. Incluso puedes acabar escribiendo un libro con una visión un tanto esperpéntica sobre la realidad.

De esos y otros muchos impulsos surgió *Gordo*, una novela cuyo protagonista, Ramón Pérez Carrasco, Monchón, crítico gastronómico encerrado en su propia circunstancia y un cuerpo de 130 kilos, observa el mundo con la óptica deforme de su condena entre genética y voluntaria.

Gordo es un relato escrito a medias con la rabia de los que no se acaban de sentir aceptados y la distancia del que mira al mundo con ironía. En él se cruzan menús apetitosos, regímenes espartanos, endocrinos exigentes y profesores de gimnasia escépticos que pululan por un buen puñado de restaurantes, alguna redacción de periódico, las calles de Madrid, cuna del esperpento, y esquinas de la memoria sentimental de una ciudad del norte para retratar una sociología y una cultura de la gordura, todo un género contemporáneo que está por explorar.

Entrevista con el autor

(Esta entrevista se puede reproducir total o parcialmente)

Pregunta. Salvo excepciones o engaños, el autor y el narrador de una novela no se suelen identificar. En el caso de *Gordo*, ¿cuánto hay de Jesús Ruiz Mantilla en Ramón Pérez Carrasco, Monchón?

Respuesta. Mucho. Es más, demasiado. A veces no sé si Monchón es un seudónimo mío, incluso. Detesto y desconfío de esos escritores que niegan en su obra la huella autobiográfica, mienten. Algunos, es posible que no quieran dar tanto de sí mismos en una obra y lo suavizan después quitándole importancia a la aportación autobiográfica. Pero en mi caso es una intención consciente, es más, quería escribir este libro para explorar esa línea entre la ficción y la vida, confundirlas a propósito para hacerlo todo más creíble. Creo que la literatura siempre es imaginación y experiencia, a veces se puede camuflar, otras no. La imaginación es la coraza, el vestido, la experiencia es la carne y, en este caso, abundante.

P. Se dice que es “un relato escrito a medias con la rabia” pero la sensación que queda después de leerlo es otra, mucho más hedonista y placentera: ¿es el amor el que da sentido al protagonista?

R. Cierto. Ésa es la mezcla explosiva. Rabia y placer. Dos motores que me han llevado a escribir la novela, sin duda. La rabia también para facilitar el humor; el placer, para regodearme en la escritura. El amor es diferente, es algo que surge dentro del relato y que sorprende al propio protagonista y le da una dimensión de fábula y comedia también. Pero lo que he querido intentar es que el amor no fuera un sentimiento abstracto, etéreo y platónico, si no que se pueda comer, como todo en la novela.

P. ¿Cómo deben leer esta historia los que en esta sociedad de lo *light* viven precisamente de lo contrario, del cuerpo Danone y cosas así?

R. No es un libro contra nadie, estoy a favor de las dietas, son muy creativas. Los amantes de la cultura *light* también tienen sus representantes en el libro. Juan, el amigo de Monchón, es así. Este no es un libro contra nadie, si no a favor de que te dejen ser tú mismo.

P. “Todo lo que nos gusta engorda o hace daño”: ¿no es terrible?

R. Es dramático. No hay cosa que me fastidie más que esos amigos que comen sin parar, como limas y no engordan. Para mí son el milagro de los panes y los peces. También entra el elemento de la resignación, tan cristiano o la elección del placer frente a la devoción. Es un tema inabarcable.

P. Se dice que los niños son muy crueles: ¿tuvo usted alguna mala experiencia en su periodo escolar?

R. No me traumaticé en el colegio, al contrario. Era un niño muy mafioso, eran los delgados y los finolis los que se sentían más amenazados. Los colegios son una selva y hay que buscarse la vida. Así que el tópico del niño acomplejado y gordito tampoco funciona siempre, a veces es una tapadera para ejercer el poder, hágame caso.

P. “Envejecer, morir, es el argumento de la obra”, que dijo Gil de Biedma: ¿cómo se ve la vida a los 40?

R. Los 40 es una edad crítica. Los acabo de hacer y llevo preparándome tiempo para ello. Los achaques se acumulan, duele la espalda y es entonces cuando te planteas las cosas más seriamente. Estoy en ese periodo de acumulación de intenciones que no sé dónde acabará. De todas formas, me siento joven, aunque trabado.

P. ¿Qué tal se combina periodismo, literatura y vida familiar?

R. Mal. El periodismo y la literatura son completamente compatibles. Es más, son redundancia. Un periodista es un escritor que trabaja todos los días y eso es una ventaja porque siempre estás con la máquina y las herramientas engrasadas. Lo bueno es combinar las necesidades. El periodismo es literatura que te da el argumento real de las cosas. La novela puede ser un periodismo en el que te veas obligado a inventar una realidad que puede ser muy eficaz y creíble porque previamente la has conocido gracias al periodismo. Así que son ensaladas maravillosas. La familia es la que combina peor con las otras dos y a la que robas más tiempo del necesario.

P. Usted es un esteta: literatura, pintura, música clásica..., díganos algún mito o personaje de esas tres artes, (¿no serán *Gargantúa y Pantagruel*, *Las tres gracias de Rubens* y en ese plan?)

R. ¿Un esteta? ¿Yo? Soy un amante insobornable del placer. Lo persigo obsesivamente porque creo que es creativo y beneficioso para la sociedad, como los epicúreos. Mitos en literatura. Muchísimos. Desde los realistas franceses y españoles del XIX, a Cervantes y Valle Inclán pasando por Borges, Sábato, Vargas Llosa y García Márquez o la novela centroeuropea, la Viena de principios del XX, algunos norteamericanos de hoy y ayer como Philip Roth o Scott Fitzgerald... En Pintura, Picasso, siempre, y en Música, Mozart, Bach, Verdi, Strauss, Wagner y, por su puesto, Los Rolling Stones.

P. ¿Se puede leer *Gordo* con alguna moraleja?

R. Jamás. Con ninguna. Ninguna moraleja ayudará, más bien perjudicarán, como todas las moralejas.

P. Cómo definiría el autor la novela que ha escrito, conviértase en periodista de sí mismo y hágalo con un titular.

R. Está claro: “Gordo, una novela que se puede comer”.

Munárriz Márquez
Agencia de Comunicación
T. 91-4016687
prensa@emeyeme.com